



Frutillar fue uno de los 36 lugares que el más famoso de los *cellistas* mundiales eligió para presentar *The Bach Project*. Pero no todo fue música en Chile: se dio tiempo para mirar las estrellas en Paranal, interpretar canciones chilenas con niños en Renca y conversar con “Sábado” de su particular mirada sobre la cultura, la carga de ser un niño genio y su encuentro con Donald Trump.

POR PAULA ESCOBAR CHAVARRÍA



“No creo que siempre haya querido ser un *cellista*. Solo lo hice, es algo que vino naturalmente para mí”, dice Yo-Yo Ma. En la foto, junto a los niños del colegio Jorge Alessandri Rodríguez de Renca.

SERGIO ALFONSO LÓPEZ

Es una tarde oscura y lluviosa en Frutillar, y Yo-Yo Ma se acerca con energía y entusiasmo al público que lo espera para darle la bienvenida a un recital único en que interpretará con maestría las *Seis suites para violonchelo solo* de Johann Sebastian Bach. Lleva buen ánimo, traje oscuro y corbata roja y, como en una coreografía bien ensayada, se toma

todas las *selfies* y recibe todos los regalos. Saluda a sus anfitriones de esta noche, Nicola Schiess, presidenta del magnífico Teatro del Lago, y Bernardo Matte, presidente del Banco BICE, que celebra con este concierto los 40 años de la institución.

Momentos más tarde, Yo-Yo Ma entra en escena en medio del silencio y la oscuridad. Du-

rante más de dos horas, sin nada sobre el escenario más que su chelo, inicia un viaje intenso por las seis *suites* de Bach que, tres siglos después de su creación, siguen cautivando y emocionando. “Su magia radica en un balance perfecto entre exploración y seguridad”, dijo *The New York Times*.

En cada lugar que se presenta, Yo-Yo Ma no solo se preocupa de su concierto, sino que realiza los ya famosos “días de acción”, en que visita lugares infrecuentes para un músico. Tiene un compromiso fuerte con el papel que puede jugar el arte y la cultura en la sociedad actual, especialmente en ser un motor de cambio positivo y puente entre culturas y disciplinas, y destina energía, tiempo y pensamiento en desarrollar esa visión, explicará a “Sábado”. Una visión muy arraigada en su identidad y su historia: “Destellos de todo esto probablemente los sentí desde niño, como una aspiración, de cómo las cosas podrían o debieran ser. Pero fue un largo proceso”.

—¿Qué es para usted la cultura?

—Puede ser desde nuestros hábitos de vida hasta la manera de entender el mundo. Mi más frecuente definición es que es aquello que nosotros, como especie humana, hemos inventado. Eso implica todo lo que tenemos frente a nosotros: por ejemplo, tu reloj, anillo, ropa, comida, todo eso lo inventamos. ¿Y por qué lo inventamos? Creo que porque nos ayuda a entendernos a nosotros mismos, a la naturaleza, al ambiente alrededor de nosotros, y a los demás —dice mientras le llega un café *macchiato* con una hoja dibujada en la espuma.

Su primera parada en Chile tuvo que ver con buscar respuestas, o acaso nuevas preguntas, en el desierto de Ataca-

ma, donde tocó varios minutos bajo el mejor cielo del mundo, en el Observatorio Europeo Austral (ESO). Unos días antes de su visita, de hecho, tomó el teléfono y habló por cerca de media hora con la destacada astrónoma María Teresa Ruiz. Quería que lo ayudara a organizar y planear su visita al observatorio.

—Fue una de las más grandes experiencias de mi vida —asegura el músico a “Sábado”—. Puede ser el sueño de muchos estar en ese lugar, ¡hay tantas reacciones! —se queda un rato meditando—. Una de las cosas que me quedé pensando es que los astrónomos buscan dónde está la luz. Pero me dijeron que la población indígena no se fijaba en las estrellas, sino que en los espacios entre ellas..

—Las formas que crea el vacío...

—Exactamente. Entonces tenemos un grupo de gente que mira un punto, y esa es su interpretación, como en los experimentos psicológicos, pero para otros es algo distinto. Esa fue una de las cosas extraordinarias. Lo otro es que este experimento que hicieron en el observatorio ALMA para fotografiar un hoyo negro tomó 15 años. Y en Paranal hay 16 naciones que ponen distintos niveles de recursos de acuerdo a su PGB, pero todos tienen iguales derechos. Eso es algo increíble.

—¿Una inspiración?

—Es un modelo de colaboración para la humanidad, un camino. Además, no solo hay astrónomos, sino ingenieros, administrativos, equipos interdisciplinarios. Y me interesó saber cómo funciona eso. Le pregunté al administrador: ¿los astrónomos son soñadores y los ingenieros, los prácticos? ¿Qué hace que ellos entreguen años de su vida yendo y viniendo por dos semanas? Y si hacemos esto en ciencia, ¿por qué no lo hacemos en la esfera social?



AUSTIN MANN

Tocó varios minutos bajo el cielo estrellado en el Observatorio Europeo Austral (ESO). “Fue una de las más grandes experiencias de mi vida”, dice.

Temblores y susurros

El día siguiente del concierto en Frutillar, el domingo, tomó un vuelo temprano desde Puerto Montt. Algunas personas le pidieron fotos, pero en general el público fue respetuoso. Nada en él parece intimidante ni se da aires de divo. Dicen que no hizo requerimientos especiales de ningún tipo. Después de aterrizar y almorzar en Santiago, siguió con su agenda y apareció en el GAM para participar en dos experiencias multidisciplinarias a cargo de la artista chilena Constanza Alarcón. Una se trataba de reproducir los sonidos que evocan los terremotos, a través de la memoria emotiva de cada cual. Los sonidos que se registraron durante la tarde se fueron mezclando en el momento. Cuando llegó Yo-Yo Ma, desde los parlantes —y en el escenario instalado al centro— se

escuchaba la sucesión de esos sonidos. Él apareció con un *jockey*, camisa y zapatos cómodos, y la gente espontáneamente lo aplaudió mientras se improvisaba algún tipo de protocolo para recibirlo. En la sencilla tarima redonda y de madera, él conversó con Constanza Alarcón, se sacó los zapatos, se recostó para sentir la vibración de los sonidos, sacó un chelo —no el suyo— y tocó durante algunos minutos.

Lo experimental le atrae y su interés en destacar a jóvenes talentos, distintos al suyo, es evidente. Salir de la zona cómoda para un artista tan consolidado como él parece ser un claro norte personal y profesional también. En un mundo que cambia tan vertiginosamente y que debe innovar y crear todo el tiempo, piensa que los procesos artísticos son un ejemplo y una inspiración.

—Algunos experimentos to-

man quince años para hacerse. El valor de las artes escénicas es que todo lo que hacemos siempre está traduciendo un concepto a la realidad. Eso es también lo que los ingenieros y los arquitectos hacen. Pero en las artes escénicas todo el proceso es más inmediato, incluso es instantáneamente discernible si fue exitoso o no. Entonces, no es como una medicina que demora 10 años de pruebas para salir al mercado. Ese tipo de habilidad mental —de ir del concepto a la realidad más rápidamente— implica una resiliencia mental que puede ser aplicada en muchas esferas.

Yo-Yo Ma habla de cómo esto puede ayudar en momentos tan vertiginosos y complejos como los actuales.

—Globalmente, una de las situaciones más complejas la viven los inmigrantes. Muchos de ellos están sufriendo bajo Donald Trump. Usted ha dicho que

no tocaría en su funeral...

—Soy un inmigrante —dice de inmediato, y agrega: “A todo esto, me retracto de mi declaración, porque quizá puede que quiera tocar en su funeral. Fue una declaración al paso. Pero sí hablé con él”.

—¿Cuándo?

—En noviembre del año pasado toqué en el aniversario 100 del armisticio, en París, donde hubo una ceremonia en frente del Arco de Triunfo, con mucha gente de distintos países. Hubo un almuerzo después, y él estaba sentado con Emmanuel Macron, Angela Merkel y Vladimir Putin. Me acerqué y le dije: “Señor Trump, usted quizá no me recuerde, pero toqué recién, soy americano, soy un inmigrante”. Apunté a Angela Merkel y dije: “Miren, estoy muy feliz y agradecido de que estén todos juntos acá, porque si no fuera por los alemanes que ayudaron

a construir América, no estaríamos aquí”. Y luego apunté a Macron y le dije: “Si no fuera por el Marqués de Lafayette, ni siquiera existiríamos”. Y luego miré a Putin y le dije: “Si no fuera por Rachmaninov y Stravinsky, no tendría repertorio para mi chelo”. Así es que les agradecí a todos. No hice una declaración política, pero le dije algo verdadero: “Si cree que América es grande, es grande gracias a esta gente alrededor suyo y los ancestros de ellos, y sus propios ancestros que vinieron de Alemania”.

—¿Qué dijo Trump?

—(Yo-Yo Ma hace un gesto vago). Quizá no escuchó nada de lo que dije, pero necesitaba decirlo, porque es cierto.

Volver a los 17

Al día siguiente, alrededor de las 9:30 de la mañana, aparece en el lobby del hotel. Un *croissant* pequeño y dos trozos de *sushi* lo esperan como desayuno. Un día otoñal luminoso y no tan frío lo recibe en su visita al colegio Jorge Alessandri Rodríguez, de la red de colegios de la Sociedad de Instrucción Primaria, en Renca.

Saluda a los niños con relajado, les pregunta por su desayuno (acaso porque él casi no tocó el suyo), se abre a sus preguntas, algunas cándidas, otras más profundas. Su humor y entusiasmo se mantienen estables. “Ustedes son muy poderosos”, les dice, y luego quiere contarles de su vida, de su matrimonio de 40 años, pero de los cuales dice haber estado 27 de viaje. Asegura que su mujer es la fuerte, que lo más difícil es compatibilizar la familia con la vida de un artista. La intérprete al español es Carmen Gloria Larenas, directora artística del Teatro del Lago, quien le va introduciendo las preguntas de los pequeños. Luego sube al escenario donde lo esperan los niños músicos y tocan juntos



TEATRO DEL LAGO

De niño fue considerado un genio musical y con solo 7 años tocó para varios presidentes. “Es algo que me pasó”, dice hoy.

“Volver a los 17” de Violeta Parra —y también con Horacio Durán, fundador de Inti Illimani— y “Luchín”, de Víctor Jara. Hacia el final, interpreta “Appalachia Waltz”, de Mark O’Connor. Antes de despedirse agradece y se fotografía con sus jóvenes colegas, fascinados con la experiencia de hacer un recital con un maestro como él.

—¿Fue duro crecer con las expectativas de ser un niño prodigio?

—Pienso que hay un deseo en todos nosotros de sentirse especial y pertenecer. Dentro de la familia, por ejemplo, los niños quieren ser especiales pero no tanto, pues quieren ser parte de la familia. Esto no es diferente para quienes supuestamente hacen bien algo tempranamente: un deporte, las matemáticas o lo que sea. Inconscientemente, cuando yo era niño había mucha atención a que hiciera algunas cosas porque las hacía bien, pero mi deseo era pertenecer.

—Debió ser duro.

—Bueno, todo el mundo experimenta alguna versión de eso al crecer. No es algo tan extraño, quizá fue más marcado. Como adolescente, realmente

no quería ser especial, quería ver lo que estaba pasando alrededor. En mis 20, fui afortunado de tener gente en mi entorno que me decía que quería que yo tocara, y fue el mejor momento para descubrir el mundo. Viajé, fui a Italia, a Venezuela...

—Tocó para varios presidentes...

—Bueno, pero es que eso de decir “toqué para presidentes” para alguien de 7 años (hace un gesto como de que no significa mucho). A los 50 miras y dices: “Hice todo eso”, pero no a los siete. Es algo que me pasó más que una meta, en todo caso.

—¿Cuáles eran sus metas?

—Las metas personales siempre han sido tratar de entender la motivación. Quién es cada persona y por qué hace lo que hace. Y creo que eso viene del hecho de que me moví por muchos países.

—¿Cómo contestó esa pregunta sobre usted mismo?

—Primero, no creo que siempre haya querido ser un *cellista*. Solo lo hice, es algo que vino naturalmente para mí. Por mucho tiempo pensé qué debía hacer, pero fui a la universidad, me expuse a muchas materias diferentes, y pensé que podía ser antropólogo, astrónomo, geógrafo o trabajar en el servicio exterior. Esos pensamientos cruzaron mi cabeza. Pero la esencia de todo era descubrir qué hay afuera: en la Tierra, en el universo, en los humanos —piensa un rato en silencio.

—¿En qué se educaría usted hoy si fuera joven y tuviera que prepararse para lo que viene en los próximos 50 años? ¿Qué debiéramos aprender?

—Partiría preguntando qué necesita el mundo, no en el sentido de si necesita ingenieros —que también es cierto— o ser capaz de escribir códigos y todas las cosas que la gente dice. Estuve hace poco en una conferencia con el decano de

Ingeniería del MIT, que hablaba con una cineasta india, rogándole que fuera una “artista en residencia” en su escuela. Le explicaba que sus estudiantes están exigiendo cursos de ética. Eso es cierto en todos los sectores, sean los negocios, las leyes. Pero no puedes enseñar ética así nomás...

—Entonces, ¿qué propondría usted?

—Les diría esto: miren, a todos nos dicen que debemos hacer tales y cuales cosas. Por ejemplo, a mí me preguntan siempre cuánto debo practicar. Pero el *switch* que hay que hacer es pasar del “debiera practicar” a “quiero practicar”. Y solo uno tiene ese *switch* en su cabeza. Entonces la pregunta no es qué debiera estar haciendo o estudiando, sino encontrar aquello que realmente quiero hacer.

—¿Qué más es importante?

—Bueno, el segundo paso es que yo hablo mucho de los bordes; del borde entre saber algo y no saberlo. Y aprender a vivir en la incomodidad de mover la línea entre lo que sabes y lo que no sabes es realmente importante, por sobre todo en un tiempo en que la sociedad se está moviendo tan rápidamente. Entonces, practicar este tipo de resiliencia, en que estás consciente de tus propias fronteras, en que vives la incomodidad y luego lo reconfortante, es algo increíblemente importante. Y eso aplica para el movimiento *Me Too*, para saber lo que es ético o no ético, para cualquier decisión que un ejecutivo deba hacer, o un padre o un hijo.

Ya es el momento final en Chile. Los niños del colegio de Renca se despiden, los regalos se los lleva su asistente, la van sale atrasada hacia el aeropuerto, el equipo teme no alcanzar a llegar.

En el asiento de atrás, Yo-Yo Ma solo sonríe. S